

Humanismo y Conocimiento CIENTÍFICO



La promesa de felicidad y el desencanto

La ciencia es una poderosa y triunfante máquina de sentido. Sus premisas, sus estrategias hipotético-verificadoras, acosan el enigma para establecer en su lugar zonas de claridad y domesticación. El conocimiento científico, desde las figuras paradigmáticas de Descartes, Newton y Laplace, se convirtió en uno de los substratos optimistas del relato emancipatorio, acaso la representación central de la modernidad. El optimismo

epistemológico de la modernidad se articuló en una «promesa de felicidad» donde todo avanzaba hacia la libertad del hombre, hacia la realización plena de la imaginación utópica; promesa que en muchos sentidos la ciencia ha cumplido: de la máquina de vapor al chips de la computadora, del descubrimiento y usos de la electricidad hasta la posibilidad de ser testigos, por arte de la precisión científica, de un desolado paisaje de Marte, ratifica no sólo la acumulación del hallazgo y la invención científicos como apertura de los horizontes del hombre, sino también el juego de las transformaciones entre el enigma y la elucidación, como retos y frutos de la infinita apetencia de saber del hijo de hombre.

Pero esa promesa de felicidad también ha sido rasgada por las aristas del desencanto. Detrás del rostro optimista del hallazgo y la invención, la ciencia tiene un segundo rostro de Jano, terrible y devastador, que, primero, amenaza con el aniquilamiento de la humanidad, deja, como una estela, una devastación ecológica que amenaza con convertir la tierra en una piedra moribunda dando tumbos en las paredes del cosmos; y, segundo, se transforma en un instrumento subordinado a los centros de poder mundiales.

La brecha

Esa rasgadura y ese desencanto quizás tengan una de sus razones en la brecha que la ciencia clásica estableció con el pensamiento humanístico.

El pensamiento científico nació en el seno mismo de la filosofía: la certeza del teorema de Pitágoras y de la geometría euclídeana, basamentos sin duda del edificio de la ciencia, crearon un horizonte objetivo para el conocimiento del hombre en el mundo; pero ese horizonte no se apartaba de la expresión estética que, en la búsqueda de la belleza, respondía también a la armonía y el número. El logos ordenador proporcionaba los signos del saber científico y el saber estético, y el ideal del hombre, como ocurrirá con Leonardo y Miguel Ángel en el Renacimiento, era el del artista que también era un científico. La separación

de la filosofía y el arte por un lado y la ciencia por otro, se producirá a partir de Descartes, en la disociación entre el yo pensante, el **ego cogitans** y la cosa material, la **res extensa**, que, en la ciencia experimental, tratará de buscar la verdad buscando la exactitud, en contraposición con la manifestación estética, que se precipitará, con el romanticismo, en el hallazgo de la subjetividad. Se produce el corte, la disociación, y mientras el arte realiza desde entonces el «bucle extraño» de la conjetura y la reflexividad sobre el sujeto, la ciencia, como una galaxia en expansión que se desprende de su centro, se aleja del sujeto, creando lo que Morin llama el mito de la objetividad, y derivando de ciencia en tecnología, en instrumento quizás para el desarrollo, quizás para la destrucción y el dominio. De la ciencia experimental de Galileo y Newton al «tecnoglobalismo» de hoy, la ciencia

ha sido factor central en la transformación de nuestra civilización tanto en sus dones y hallazgos, como en la conversión del ser humano en una realidad estadística o en una cifra, incluso prescindible, tal como lo prueba el fracaso de las dos reuniones mundiales sobre la tierra que se han realizado en la década que aún no concluye.

En esa disyunción de sujeto y objeto, el relato científico se ha apropiado de todas las legitimaciones y, tal como 10 han advertido teóricos como Morin o Popper, ha creado el mito de la superioridad del pensamiento científico sobre otro tipo de conocimiento, y ha recibido el apoyo de las estructuras económicas de dominio, quienes ponen a su servicio este conocimiento, creando una nueva cartografía de la tecnoglobalización; allí la tecnología de punta sólo se produce y legitima en los centros de poder, y la periferia asume el rol de reproducir y consumirlos modelos impuestos; y, cuando produce, mínimamente, tiene que cederlo al dictamen de los centros. La creciente brecha científica entre países industrializados y no industrializados ahoga los esfuerzos de las naciones periféricas en su propósito de crear una ciencia y una tecnología para el desarrollo y el progreso. Sin embargo sólo este esfuerzo puede romper la impuesta cartografía del tecnoglobalismo, y quizás eso sólo sea posible en un reencuentro creador entre el conocimiento científico y los diversos mundos del humanismo.

El reencuentro

Ese reencuentro empieza a poner de manifiesto sus primeros signos. Los aportes de los nuevos filósofos de la ciencia desmontan el mito de la

superioridad del pensamiento objetivo y ponen en evidencia cómo pensamiento científico y pensamiento humanístico no responden a una jerarquía del saber sino a dos estrategias distintas para el acceso o la construcción de la verdad; que son simplemente dos caminos hacia la complejidad del mundo y de la existencia, y que la negación de uno por el otro no es sino la imbecilidad o la intolerancia, la reificación o el violentamiento del poder, alojados en el ejercicio de la inteligencia. El descubrimiento por parte de Kant de que el mundo, tal como lo conocemos, es el resultado de nuestra interpretación de los hechos observables a la luz de teorías que inventamos nosotros mismos, que nuestro intelecto no extrae sus leyes de la naturaleza sino que las impone a la naturaleza, llevó a teóricos como Tomás Kuhn a establecer los límites de la verdad objetiva de la ciencia, y observar cómo las teorías «objetivas» son impuestas por paradigmas que rigen y controlan todo el discurso teórico. Esta premisa llevó por ejemplo a Foucault a observar cómo el saber está condicionado por el horizonte epistémico de su época, y a Popper a proponer sustituir la búsqueda de la verdad y de la exactitud por el juego de conjeturas y refutaciones, orientado a probar la falsedad antes que la verdad; y, finalmente, en los hallazgos de la física cuántica y las nuevas teorías sobre el caos, científicos como Heisenberg y Prigogine han saludado el regreso de la subjetividad en la construcción de la verdad científica, y los puntos de coincidencia entre ciencia y arte. De este modo, Douglas Hofstadter destaca la confluencia del teorema de Gödel, el arte de la fuga de Bach y las representaciones de la pintura de Escher; de este modo Prigogine señala que la revisión de los conceptos de tiempo y espacio de Einstein establecen sus correspondencias

con las propuestas de Cezánne en pintura y de Schönberg en música.

La estrategia hipotético-verificadora de la ciencia es hija de la feroz pasión del logos por la inteligibilidad; el arte y la literatura modernos, por el contrario, parecen responder a la celebración del enigma en el seno del lenguaje y de la expresión, tal como lo expresa, en extremo, la poesía. La poesía no explica sino que seduce en el esplendor de sus enigmas. Quizás por ello reiteradamente rechaza ese discurso de la inteligibilidad que insiste en acompañarlo, el de la crítica literaria. Ciencia y poesía parecen dos líneas paralelas; pero, tal como han probado los nuevos filósofos de la ciencia, son dos líneas que se encuentran en un lugar más acá del infinito.

Repensar el papel de la ciencia

Frente a la «mutación brutal de la civilización» en la que nos ha tocado vivir, atravesados por las fuerzas extrañas e invisibles del mercado y la tecnoglobalización, donde el sujeto transformador es desplazado por una cifra para la estadística de la ganancia y el consumo, en la resistencia de existir a pesar y en contra de una cartografía de la periferia, parece emergente repensar el papel de la ciencia, inventar estrategias para revertir de algún modo los modelos impuestos (tal como ha respondido, por ejemplo, la ciencia y la tecnología japonesa respecto a las imposiciones de los centros), rescatar el valor de la ciencia como paso inevitable en el desarrollo de las naciones -rescatar parte de la «promesa de felicidad» que la ciencia, desde sus orígenes, nos ha ofrecido- y buscar los puntos de unión entre

pensamiento científico y pensamiento humanístico; tarea emprendida por los nuevos filósofos de la ciencia, y que, por ejemplo, en América Latina podría alcanzar un papel estelar por la larga tradición humanística de nuestro continente.

Sólo la confluencia de ciencia y humanismo detendría el finalismo reificador y de dominio de los hallazgos e inventos, y regresaría los males de la ciencia a su caja de Pandora. Sólo esa confluencia haría del triunfo de la ciencia el triunfo del hombre, y revertiría el pesimismo humanista de fin de siglo en un nuevo optimismo transformador. Sólo ese encuentro detendría la devastación del planeta, reduciría a sus verdaderas dimensiones el poder salvaje de los centros económicos, y reconciliaría la complejidad del mundo con la sencillez de la vida.

Prof. Víctor Bravo
Instituto de Investigaciones Literarias
"Gonzalo Picón Febres"

